

coronel á Macario Silva, el ginete mas famoso de la brigada, y cuyo valor habia llegado á ser proverbial. Sus terribles lanzadas le habian granjeado una reputacion famosa, aun entre los republicanos. Leyendo colecciones de sus periódicos de años atrás, he visto anunciada muchas veces la muerte de Macario Silva, como un plausible acontecimiento.

La infantería estaba al mando del coronel Farquet y de los tenientes coroneles Juan de Dios Rodriguez, Redonet, Madrigal y Juan Berna. El coronel Redonet, que ha representado un papel importante en los acontecimientos de Querétaro, es de Veracruz y de origen frances. D. Juan Berna, ligado con el general Mendez por la mas desinteresada y mas íntima amistad, era un veracruzano de origen helvético. Su padre, nacido en España, era hijo de un oficial de la guardia suiza, y fué á México en calidad de oficial de artillería en tiempo de los vireyes. El teniente coronel D. Juan Berna habia conservado el tipo aleman con todo el valor y toda la lealtad de sus antecesores.

Sorprende ver el número de hombres que de la pequeña ciudad de Veracruz han salido á la escena política, desde los primeros tiempos de su Independencia. El partido liberal, sobre todo, le debe sus principales caudillos. Morelia participa de este privilegio con Veracruz.

El comandante de ingenieros, D. Francisco Troncoso, veracruzano tambien, habia sido hecho prisionero en Puebla y conducido á Francia; como otros muchos oficiales mexicanos, conservaba los mejores recuerdos de su cautividad y de la manera con que habia sido tratado.

Haber estado en Francia, en calidad de prisionero de guerra, era reputado como un favor del destino por la mayor parte de los oficiales. No debe olvidarse que reinan en México nuestros libros, nuestras costumbres, nuestras modas y nuestro sistema de educacion.

Casi todos los bravos oficiales que acabo de nombrar iban á la muerte.

El general Mendez, Farquet, Loaiza, Santa Cruz, Ceballos, Rentería y un gran número de subalternos encontraron en Querétaro una muerte gloriosa; pero al ménos no tuvieron el dolor de ver al Emperador conducido al suplicio, ni que sopor- tar las humillaciones impuestas por los republicanos.

El teniente coronel del batallon del Emperador, D. Juan de Dios Rodriguez, y el comandante Salazar, del 4º de lance- ros, fueron gravemente heridos.

No se concibe de cuánto heroismo dieron pruebas los impe- rialistas mexicanos durante la defensa de Querétaro. ¡Qué des- gracia que entre tantos valientes se haya encontrado un mi- serable!

III

Primer dia de marcha.—Deserciones.—Indaparapeco.—El teniente coronel Pineda.—Fusilados.

La primera jornada fué penosa. Embarazaban la marcha de nuestra columna un gran convoy y una multitud de em- pleados civiles, de gentes comprometidas por sus opiniones, de comerciantes y de viajeros, que imaginándose que íbamos directamente á México, querian aprovecharse de nuestra escol- ta. Los malhechores de la cárcel formaban tambien parte del convoy. Se veia ademas un gran número de carruajes que conducian á las familias de los emigrados y de los oficiales. Estos, creyendo que la guerra seria larga, las llevaban á la capital para no estar separados de ellas por mucho tiempo como en otras épocas.

Toda esa gente, agregada á esa multitud de mujeres que siguen á los soldados mexicanos y les sirven, no solamente de esposas, sino tambien de cocineras, de lavanderas, etc., y que se llaman *soldaderas* en México y *rabonas* en el Perú, daban á la columna el aspecto de una emigracion, no diré de israelitas huyendo del ejército de Faraon, sino mas bien de Mormones yendo á establecerse á orillas del gran lago Salado.

Lejos de huir, estábamos persuadidos de que Régules y Corona, conociendo nuestra fuerza, no se atreverian á inquietarnos en nuestra marcha. Por otra parte, nuestra confianza en el general Mendez era siempre la misma. Se hizo, pues, el camino á pequeñas jornadas.

Nuestra primer parada fué Indaparapeo. Como ese pueblo no es bastante grande para alojar á tanta gente, estuvimos muy mal allí.

Al dia siguiente, al volver á emprender la marcha, se advirtió que durante la noche habian tenido lugar gran número de deserciones. Casi todos los desertores eran nuevos reclutas que preferian correr el riesgo de ser reaprehendidos algun dia por nosotros ó recogidos por los republicanos, á dejar su provincia.

La desercion, que tan difícil es de reprimir en tiempo de paz en un país tan vasto como México, no se puede impedir absolutamente en tiempo de guerra. Se ha dicho que los soldados imperiales desertaban con mucha frecuencia, y este es uno de los pretextos que se han alegado para descuidar la organizacion del ejército indígena. Pero á lo que parece, el mal era entonces epidémico, porque la desercion se extendia hasta las filas de los belgas, de los austriacos y de la Legion extranjera francesa. Nuestros enemigos habian llegado á organizar, con los desertores de esos cuerpos, destacamentos particulares, cuyos servicios no economizaban. Nuestro indo-

mable adversario de Michoacan, Régules, tenia uno que intitulaba: *Legion extranjera*.

Un dia que el general Mendez habia logrado dar alcance á Régules, se mató á algunos de esos pobres diablos de desertores, que se batian como rabiosos, sabiendo bien que no habia gracia para ellos. Se hicieron algunos prisioneros. Entre estos últimos se encontraban dos árabes, desertores del batallon de tiradores argelinos. El teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez, del batallon del Emperador, que los habia cogido, acababa de dar la órden de que los fusilaran, cuando la casualidad condujo por allí al general Mendez, que les preguntó por qué habian desertado.

Uno de aquellos hijos del desierto respondió con aplomo:

—«Mí..... defender..... libertad..... México!»—y ántes de que se hubiera podido impedirlo, arrancó un fusil de manos de un soldado, hizo fuego é hirió á un oficial que se hallaba á su lado. Se arrojaron sobre aquel furioso, pero su buena estrella le preservó de la muerte. El general Mendez mandó suspender la ejecucion, y llevó á sus prisioneros á Morelia y de allí á Querétaro. Se salvaron, así como algunos otros, por una serie increíble de circunstancias, que acaso contaré algun dia.

Por lo demas, hay un buen medio para contener la desercion de los soldados mexicanos: tratarlos bien. Así el general Negrete, cuando no era mas que gefe de un cuerpo de infantería en tiempo de la presidencia de Miramon, llevó su batallon al sitio de Veracruz. Las enfermedades y la miseria no tardaron en asolar de una manera terrible el campo de los sitiadores, y las deserciones comenzaron á disminuir sus filas. Los comandantes, desesperados, redoblaban su vigilancia y su severidad; solo los soldados de Negrete no desertaban; no estaban vigilados como los demas. Su gefe los dejaba en liber-

tad de huir si querian; pero como los trataba con tanta severidad como justicia y hacia de ellos el objeto de todos sus cuidados, en vez de desertar, sus soldados lucharon hasta el fin contra las enfermedades y la miseria. Es preciso agregar que adoraban á Negrete, y que pocos hombres reunen tantas cualidades militares como él.

El regimiento de los húsares austro-mexicanos, que se distinguió particularmente cuando la caída del Imperio, fué organizado en Puebla y reclutado principalmente en Oajaca. Entre los oficiales habia muchos austriacos; hacian los mayores elogios de los soldados indígenas, pareciéndoles mejores, bajo todos aspectos, que sus soldados europeos, sobre todo en lo que tenia relacion con la disciplina.

Durante el sitio de Querétaro, solo un hombre de mi batería desertó; y Dios sabe cuántas fatigas y privaciones tuvieron que sufrir los pobres artilleros.

Se recordará que nuestra columna iba seguida por familias enteras. Una de las emigrantes que nos inspiraba mayor interes era la encantadora viuda del teniente coronel Pineda, de cuya triste suerte se condolian todos.

Al dia siguiente de su matrimonio, Pineda partió para una expedicion contra los liberales. Gracias á los incidentes de una verdadera epopeya, su ausencia del techo conyugal duró nueve años. Algunas semanas ántes de los acontecimientos á que me refiero, obtuvo una licencia para ir á buscar á su esposa á Tampico, donde habia permanecido.

De regreso en Morelia, Pineda, valiente soldado y oficial lleno de experiencia, fué designado para partir con una columna, y halló la muerte en Santa Fé de la Labor, cargando á la cabeza del 4º regimiento de caballería, del que acababa de ser nombrado teniente coronel el mismo dia de la accion, una de las mas sangrientas que se dieron en Michoacan.

Al levantar el cadáver de Pineda se advirtió que tenia ocho heridas, de las cuales varias eran mortales, y todas las habia recibido en el rostro y en el pecho. El general Mendez ocultó hasta el último instante á la jóven viuda su irreparable desgracia; pero al fin tuvo que confesársela. Siempre me acordaré de la desesperacion de esa infortunada cuando vió volver al general sin su marido.

El general Mendez, que apreciaba mucho á Pineda, uno de sus antiguos compañeros de armas, le vengó de una manera terrible. Despues de la victoria que le habia costado la vida de uno de sus mejores amigos, mandó contar á los prisioneros, que eran en número de cien, todos insurrectos del Bajío. Se dividieron en dos categorías: la primera comprendia casi todos los soldados de infantería, pobres diablos reclutados por fuerza; esos fueron puestos en libertad; la segunda se componia de los que llevaban el título de oficiales, y de los soldados de caballería que servian por su voluntad; estos fueron pasados por las armas en Puruándiro.

Uno solo de estos desventurados escapó á la muerte por una circunstancia extraña. Muchos de sus compañeros habian caido ya, cuando le llegó su vez; sea torpeza ó mala voluntad por parte de los soldados que componian el peloton de ejecucion, recibió una descarga sin ser herido; solamente sus vestidos fueron agujerados y una bala le rozó ligeramente, pero no se movió. El general Mendez no quiso que se comenzara de nuevo la ejecucion, y le hizo gracia. Fué despues ordenanza del teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez, y se condujo siempre como servidor fiel.

He conocido á varios oficiales que habian sido fusilados, entre otros á un oficial superior llamado Zamora: herido y hecho prisionero en una accion perdida por las tropas del gobierno contra los insurrectos, fué pasado por las armas al ca-

bo de algunas horas; pero los vencedores, estando de prisa, le fusilaron apresuradamente, olvidándose de darle el tiro de gracia. Un aguacero que cayó algunos momentos despues, refrescó el cuerpo del ajusticiado. Algunos oficiales liberales, mas humanos que sus gefes, volvieron al lugar de la ejecucion para mandarle enterrar, y advirtieron que todavía respiraba. Le levantaron y le hicieron prodigar cuidados que tuvieron pleno éxito; de suerte que ese desgraciado volvió á la vida. Entró de nuevo al servicio tan pronto como le fué posible. Le volví á ver en Querétaro.

Conoí á otro que habia recibido el tiro de gracia en la boca; conservaba todavía sus horribles huellas. Dejado por muerto en los alrededores de Toluca, algunos indios le encontraron respirando todavía. Estas buenas gentes le asistieron hasta que, completamente curado por sus cuidados, pudo volver á México.

IV

Zinapécuaro.—Ojeada sobre Michoacan.—Acámbaro.—Los antiguos conventos y las antiguas misiones de la América española.

Despues de haber salido de Indaparapeo, hicimos alto en la hacienda de Queréndaro, uno de los mas ricos dominios de México, cuyo propietario es el conde de Heras. Esta hacienda se encuentra ántes de Zinapécuaro, pueblo bastante importante, donde hallamos buenos alojamientos.

Al dia siguiente, 13 de Febrero, la columna se puso de nuevo en marcha. Los caminos mal conservados de México hacen muy difícil el empleo de la artillería de campaña. Los

caminos guardan un estado deplorable en Michoacan. Su abandono completo no es uno de los menores resultados de la guerra civil que desuella esa provincia desde el primer grito de la Independencia. Michoacan es, en efecto, un verdadero foco revolucionario que muchas veces ha comunicado su fuego á México todo entero.

Morelia, ciudad adonde abundan la instruccion, la ambicion y un patriotismo ardiente, fácil de extraviarse, es la cabeza de esa provincia, cabeza demasiado fuerte para el cuerpo. Sucede casi lo mismo con las provincias vecinas; pero Michoacan tiene á su favor la ventaja de la configuracion de un suelo extraordinariamente accidentado, la diversidad de climas y su situacion geográfica.

Una de las causas principales de la anarquía que ha desolado hasta ahora á México, y que le conducirá probablemente á ser presa de los Estados-Unidos, es que los ambiciosos, los espíritus inquietos y aventureros, no pueden ser reducidos por el poder ejecutivo á obedecer las leyes, si no tiene una fuerza militar suficiente para mantener la tranquilidad pública. El comercio pertenece en gran parte á los extranjeros; la industria nacional está todavía en su infancia; el ejército ha perdido su prestigio y su organizacion.

Algunas veces una guerra exterior es una necesidad para una nacion, cuando esta guerra puede desviar las ambiciones, ocupar á los hombres de accion, para los que es imposible el reposo, y satisfacer algunas aspiraciones.

Así Inglaterra encuentra en la India una salida para esa parte de su poblacion, como España la encontraba antiguamente en sus posesiones de América.

Sin la Argelia, acaso habriamos tenido en Francia dobles disturbios y revoluciones.

Sin el Cáucaso, se habria visto renovarse las terribles cons-

piraciones militares que han puesto algunas veces á la monarquía rusa á orillas de su pérdida.

La guerra de Marruecos ha sido un verdadero beneficio para España, y sin la California y el Far West, la ruinosa guerra entre el Norte y el Sur de los Estados-Unidos habria tenido lugar mucho tiempo ántes de 1860.

La emigracion alemana á los Estados-Unidos es una válvula de seguridad para los gobiernos germánicos.

¡En qué estado de desorden y de espantosa miseria estaria sumida hoy la Irlanda, si la emigracion al Nuevo Mundo y á la Australia no hubiera venido á aliviar á su numerosa poblacion!.....

Cuando las tropas de la intervencion francesa se retiraron de México, el Imperio se encontraba casi sin ejército; todos los vagos, los turbulentos, los ambiciosos, fueron á filiarse bajo las banderas republicanas, donde habia mucho que esperar. Con el auxilio de la traicion cayó el Imperio; pero el gobierno de Juarez y los que le sigan caerán probablemente de igual manera, si algun acontecimiento extraordinario no hace fallar las previsiones de todos los que conocen el mecanismo de las revoluciones, y de las de México particularmente.

Michoacan era, en pequeño, la imagen fiel de lo que pasaba en todo el país. Allí, como en todas partes donde reina la anarquía, se encontraban esas luchas de influencias, esas rebeliones de ambiciones no satisfechas, esas nulidades aspirando á elevarse, esas moralidades dudosas aprovechándose de las circunstancias para imponerse.

El general Mendez era el hombre á propósito para hacer respetar la autoridad. Su rectitud, su infatigable energía, su capacidad militar, su natural buen sentido, su imparcialidad, la inflexibilidad de su carácter, habian hecho de él el terror de los revolucionarios.

¡Cuántas veces he oido á los mismos republicanos rendir homenaje á las cualidades del general Mendez, deplorando no haber tenido en ciertas épocas un gefe militar de su temple que poner á la cabeza de las fuerzas regulares del país, para quitarse de una vez de las gentes de que se servian hoy y que mañana serian un peligro amenazador!

Después de la toma de México por Porfirio Diaz, todas las fuerzas republicanas reunidas en aquella ciudad ó en los alrededores fueron licenciadas por Juarez. Fué este un rasgo de audacia que todos admiraron y que muy pocos se habrian atrevido á mandar. Era de ver á nuestros vencedores, gracias al número y á la traicion, volver á sus provincias maldiciendo á su gobierno; pero la medida era inesperada y no habian tenido tiempo de escapar á ella. El gobierno republicano, sin embargo, no cometió la misma falta que el Imperio; apenas establecido, creó un ejército nacional para hacerse respetar.

Nuestra marcha de Zinapécuaro á Acámbaro no fué señalada por ningun incidente notable.

Llegamos á Acámbaro la tarde del 17 de Febrero. La poblacion de aquella pequeña villa nos recibió muy bien. Los habitantes de Acámbaro eran *mochos* en su mayor parte, y en caso de necesidad sabian defenderse ellos mismos contra los disidentes. Régules los amenazaba con mucha frecuencia; pero jamas se habia atrevido á ejecutar sus amenazas.

La guerra civil habia dado nacimiento á rivalidades de ciudades y de pueblos, en las que desgraciadamente tomaba nueva fuerza. Así Acámbaro, Zamora, Pátzcuaro eran imperialistas, como Tacámbaro y Ario eran republicanos. Todos se ocupaban algo en la guerra civil; muchos sufrían y muy pocos se aprovechaban de ella. Algunos carreteros, imperialistas ardientes, que ayudaron á nuestros obreros á reparar prontamente nuestro material averiado, me probaron hasta qué punto

estaba animada aquella pequeña población de buenos sentimientos hacia el Imperio. Querían ir con nosotros mejor que permanecer en una localidad donde los liberales iban á entrar después de nuestra partida, y que sus habitantes no podían siquiera pensar en defender, puesto que les quitábamos su guardia rural y sus armas.

Acámbaro tiene una linda placita de armas y grandes conventos que sirven hoy de cuarteles ó están abandonados. Por lo demás, Acámbaro, como muchas ciudades de México y de la América española, debe su origen á las órdenes religiosas.

Con los feroces y atrevidos soldados españoles marchaban sacerdotes que fueron los verdaderos conquistadores de aquellos países. Se instalaban en algunos lugares propicios é iban á buscar á los indígenas, muchas veces muy lejos y con peligro de su vida; los conquistaban por medio de la dulzura, los catequizaban y los conducían suave é insensiblemente del estado salvaje á una civilización relativa.

Obreros, mercaderes, soldados, emigrantes, llegaban de la vieja tierra ibérica, se establecían en el país y se mezclaban con los habitantes primitivos, á los cuales dieron su idioma, su industria, sus leyes, y comunicaron su carácter.

Las últimas misiones, consideradas como instituciones retrógradas, han desaparecido. Los conventos están destruidos. Pero ¿por qué hemos de maldecir á esos valerosos apóstoles? Si es cierto que los últimos frailes habían degenerado, sus predecesores fueron hombres superiores, á quienes la sociedad mexicana é hispano-americana es deudora de la mayor parte de su civilización actual.

Si México debe mucho á los misioneros, el Paraguay les debe hasta su existencia propiamente dicha.

Sin los misioneros católicos, ¿qué sería hoy el Paraguay? Un territorio donde los blancos de Buenos Aires tendrían al-

gunos establecimientos fortificados y harían la guerra á pueblos indígenas demasiado numerosos y demasiado aguerridos para que se les pudiera someter fácilmente. En vez de eso encontramos allí, por fortuna, una nación nueva que acaba de dar pruebas de toda su virilidad, y que más discreta que la mayor parte de sus hermanas hispano-americanas, hace buen uso de su independencia.

En cuanto á mí, que, instintivamente, no he querido ni á los Jesuitas, ni á los Dominicos, no puedo dejar de admirarlos muchas veces al ver tan de cerca sus obras, y confieso que sentí extrañas emociones cuando los azares de la guerra me conducían á visitar las ruinas de algún antiguo convento cuyo origen se remontaba á los tiempos de la Conquista. Me agradaba recorrer aquellas celdas abandonadas donde vivieron hombres que supieron encontrar en su fé ó en su fanatismo las fuerzas y la inteligencia necesarias para ayudar á la civilización á conquistar los inmensos países que se extienden desde Taos, en Nuevo México, hasta el establecimiento chileno de Puerto del Hambre, en el estrecho de Magallanes.

Los verdaderos amigos de la civilización deben tanto á esos misioneros y á esas órdenes monásticas como á Guillermo Penn y á los fundadores de la Nueva Inglaterra.

Las Casas es más digno de admiración que Hernán Cortés y que Pizarro; y por otra parte, ¿por qué no hemos de admirar el bien aun cuando su origen nos desagrade?

Esos conventos, desmantelados hoy, es verdad que ya no están habitados por frailes; pero en cambio se alojan en ellos soldados ó bandas revolucionarias, que son el azote del país.

En torno de aquellos conventos reinaban el orden, la paz y el respeto á las propiedades que ahora parecen desterrados de aquellos países para siempre.

V

Permanencia en Acámbaro.—El general Mendez.—Recuerdos históricos de Acámbaro.—Las antiguas tropas reales españolas y los primeros insurgentes.

Permanecimos un día entero en Acámbaro. Se leyó á las tropas una órden del día del general Mendez. El general nos decia que íbamos en direccion de Querétaro, adonde nos aguardaba el Soberano.

¡El Emperador iba á ponerse en persona al frente del ejército! Esta noticia nos electrizó. Nos representábamos al Emperador Maximiliano rodeado de Miramon, Márquez, Mejía, Mendez, Castillo y Arellano, generales que gozaban de un inmenso prestigio entre nosotros, y dando á los republicanos una batalla decisiva en que debiamos tomar la mayor parte.

En nuestro optimismo haciamos las mas erróneas suposiciones sobre el número de tropas ya reunidas en Querétaro, y sobre las que el Emperador llevaba consigo.

Hubo en casa del general una de esas pequeñas reuniones íntimas que se llaman tertulias, á las que yo tenia el honor de ser admitido. El general estaba rodeado de su familia, á la que no habia querido dejar en Morelia. Me mandó dar algunos periódicos procedentes de México y que habia dado órden de interceptar. En ellos leimos la relacion de los últimos preparativos de partida del ejército frances.

Se me enviaban aquellos periódicos en cambio de un periodiquito imperialista, *La Epoca*, que publiqué en Morelia, y del cual era propietario, redactor en jefe y responsable. El carácter de esta publicacion insignificante, pero adicta, se re-

sentia mucho de la juventud del redactor; tal era al menos el parecer del honorable Sr. Elguero, prefecto del Departamento.

El general Mendez no podia ocultar su despecho por la partida del ejército frances; pero no parecia muy desanimado, y pensaba decidir la cuestion en una gran batalla.

—Todo lo que pido, decia, es que el enemigo no siga huyendo de mí.

Traté de hacerle comprender que Francia no podia prestar por mas tiempo su apoyo al gobierno imperial sin provocar una guerra con los americanos del Norte, guerra funesta y sin resultado alguno para ella, aun en caso de triunfo. Pero él deploraba amargamente que la política imperial hubiera perdido tres años tratando inútilmente de atraerse esa masa de insurrectos que no combatian por principios, sino que vivian de la guerra civil y trataban de derrocar á la autoridad imperial como lo habian hecho con las precedentes.

Mendez queria al Emperador y le perdonaba con toda el alma sus faltas políticas, atribuyéndolas á sus buenas intenciones, á la bondad de su corazon, á su inexperiencia del arte de gobernar países tan profundamente trastornados como México, y á su falta de conocimiento de los hombres y de las cosas del Imperio.

La triste suerte de Maximiliano y el triunfo de Juarez nos han probado, por una parte, que las cualidades mas nobles del corazon son algunas veces verdaderos defectos para gobernar; y por la otra, que con la constancia, la energía y la experiencia se llega al fin, tarde ó temprano.

Maximiliano vacilaba siempre sobre las medidas que debian adoptarse y no podia seguir una idea hasta el fin. Juarez, por el contrario, no retrocedia ante los medios, y su tenacidad ha llegado á ser proverbial en México.

Muchas veces hablé al general Mendez de la posibilidad de

una invasion norte-americana. Esto era tocar una de las fibras mas sensibles de su corazon: el patriotismo. Lo que perdonaba ménos á los republicanos era que mendigasen la proteccion de los yankees.

Creia casi imposible conjurar la invasion.

—Entónces, decia, combatiremos hasta lo último, y en caso de desgracia, me volveré guerillero en estos pueblos donde nací, ó en las montañas de Zitácuaro, que conozco á fondo, y defenderé la independenciam hasta la muerte. Compraré una imprenta portátil como la que tiene Régules, y si vd. quiere seguir mi suerte, dirigirá mi periódico, añadia sonriendo.

Esperaba que si debía morir en un campo de batalla, le mataria una bala americana.

¡Ay! el valiente general no sospechaba que el destino le reservaba una muerte mas triste y mas próxima.

Llegaron de Morelia algunos espías y le dijeron que el enemigo habia tomado posesion de la ciudad; que Corona y Régules no se habian atrevido á perseguirnos.

La guarnicion de Maravatío y algunas guardias rurales fueron á engrosar nuestro efectivo; el 19 de Febrero nos pusimos en marcha tomando el camino de Querétaro.

Acámbaro es un punto estratégico muy importante, de donde es fácil dirigirse á Morelia, Querétaro y varios otros puntos que domina. Muchas veces le ocuparon las tropas francesas.

Una vez, á fines de 1866, cundió el rumor de que habian derrotado y muerto al general Mendez en Uruapan, en los confines de Michoacan y de Jalisco. El 2º regimiento de zuavos, mandado por el coronel Clinchant, que estaba de guarnicion en Querétaro, recibió orden de ir á marchas forzadas en auxilio de Morelia. Los zuavos atravesaron en una sola jornada la enorme distancia que separa Querétaro de Acámbaro.

Cuando llegaron á este punto, el coronel Clinchant supo que era falsa la derrota del general Mendez, y que, al contrario, él habia derrotado á los republicanos; por consiguiente, se volvió á Querétaro. No por eso es ménos digna de admiracion esa marcha que, en caso de desgracia, habria salvado á Morelia.

En Acámbaro, el año de 1811, fué donde el gefe de la primera insurreccion contra España, el famoso cura Hidalgo, ántes de dirigirse á la capital, pasó revista á su ejército, que era el mas numeroso que se ha visto en México. Se componia de una masa de insurgentes que ascendia á cerca de cien mil hombres. Esa multitud, sin disciplina, sin organizacion, fué á estrellarse contra algunos miles de soldados realistas, eriollos y europeos. La lucha de independenciam fué una gran lucha; los insurgentes desplegaron un heroismo y una constancia admirables; pero como sucede casi siempre en esa clase de insurrecciones, deshonraban su causa con excesos y pillajes vergonzosos.

Por su parte las tropas realistas manifestaban un valor fabuloso y una severidad inflexible. Un oficial salido de sus filas, Calleja, llegó á ser virey, y domeñó la insurreccion por medio de esas represiones terribles que la humanidad debe deplorar, pero que algunas veces evitan males cien veces peores.

Las fuerzas realistas se dividian de la manera siguiente:

1º Las tropas procedentes de España, que se llamaban cuerpos expedicionarios, y la fama de que acababan de combatir contra los soldados del gran Napoleon, acrecia la enorme superioridad que poseian ya sobre los insurgentes, que ignoraban completamente el arte militar.

2º Las tropas permanentes del país, que en nada cedian á las primeras, y aun algunas veces les eran superiores por su experiencia y su conocimiento perfecto del territorio.

3º Las tropas provinciales, que tenían casi todas las cualidades de las dos primeras, sin costar tan caro al Tesoro.

4º Los cuerpos auxiliares é irregulares.

Esta organizacion, cuyo principal inconveniente consistia en producir rivalidades y envidia, creaba, sin embargo, emulacion y era admirablemente adaptada á las necesidades del gobierno. La infantería era esencialmente española, miéntras que la caballería estaba reclutada casi por completo en el país, que producía excelentes ginetes y buenos caballos.

¿Qué ha sido de esos bravos soldados del regimiento de Castilla, de las Ordenes Militares, de Zaragoza, de Navarra y de Logroño, de esos valientes ginetes de los regimientos Fieles de Potosí, dragones de la Nueva España, de esos infatigables infantes de Potosí, llamados *tamarindos*?

No pudiendo vencerlos la revolucion, halló la manera de acabar con ellos llamando en su auxilio á la anarquía.

Algo era en aquella época ser oficial de Su Majestad Católica el rey de todas las Españas. Un oficial de las tropas realistas podia ser llamado lo mismo á estar de guarnicion bajo el cielo tropical de la isla de Cuba, que á ir á combatir á los salvajes apaches en las fronteras de Sonora y de Nuevo-México, que á perseguir á los piratas maleses en el archipiélago de las Filipinas, ó á proteger las misiones del Paraguay contra los atrevidos nómades de Chaco, ó á combatir por la autoridad real al pié de los Andes.

Nos considerábamos sucesores de aquellos valientes soldados, y á pesar de las revoluciones, conservábamos todavía muchas tradiciones respetables.

VI

Tarimoro.—El artillero Jamaica.—El cruzamiento de las razas.—Los exploradores.
—El guerillero Villafuerte.—La compañía franca del capitán Clary.—Prestigio del ejército frances.

La columna pasó la noche del 19 al 20 en Tarimoro, pueblo que nada de particular ofrece, y se puso de nuevo en marcha al día siguiente.

Tarimoro habia estado ocupado muchas veces por nuestros enemigos. Poco tiempo ántes de que nosotros pasáramos, el general Mendez habia sorprendido allí á una de sus bandas, que emprendió inmediatamente la fuga, pero no bastante á tiempo para evitar se diera muerte á algunos de sus ginetes y se le hiciera un prisionero, cuya historia va á ocuparnos un poco.

Queriendo dar una leccion á los habitantes que consentian la presencia de los insurrectos entre ellos, se puso al pobre prisionero en *capilla*, es decir, se le encerró en una capilla para que emplease algunas horas de la noche en cumplir con sus deberes religiosos ántes de pasar al otro mundo. Habia sido cogido con las armas en la mano, y por tanto, no podia esperar que se le hiciera gracia. Sin embargo, no faltó quien se interesara por él; se probó al general Mendez que el condenado servia contra su gusto entre los liberales, que estos le habrian fusilado sin compasion, si hubiera manifestado la menor mala voluntad. El general, que no era cruel, como han querido hacerlo creer sus enemigos, sino solamente severo por necesidad, deseaba que le convencieran. Perdonó; ¿pero qué se habia de hacer de aquel muchacho? El capitán Salgado se encargó de él y le hizo artillero de 2ª clase en la 8ª batería.